

JUAN RULFO:

EL DESTERRADO Y SU BÚSQUEDA DE LA TIERRA PROMETIDA.

“Ahora, pues, maldito serás de la tierra, que abrió su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu hermano. Cuando la labres, no te dará sus frutos, y andarás por ella fugitivo y errante”.¹

“Yo sólo soy católico de dicho; aunque he leído del Génesis al Apocalipsis; los he leído y los he vivido.”²

“...hemos sido expulsados del centro del mundo y estamos condenados a buscarlo por selvas y desiertos por los vericuetos y subterráneos del laberinto.”³

Una de las constantes temáticas en la obra de Juan Rulfo es la de la búsqueda de un lugar propicio para la vida en medio de unas condiciones extremas, marcadas por un clima hostil y la violencia ambiental. Sus personajes inician así un viaje interminable que, en coherencia con el pesimismo del autor mejicano, nunca va a alcanzar el fruto deseado.

A lo largo de este artículo voy a trazar algunos paralelismos entre su novela y sus cuentos, poniéndolos en relación con el motivo vetotestamentario de la búsqueda de la Tierra Prometi-

da, que encuentra en el libro del *Éxodo* su máxima expresión y que voy a tratar en dos epígrafes, asociándolo a la persecución de un espacio físico y de otro espiritual. Para hacer más evidente la interrelación de las citas textuales en ocasiones las presentaré unidas en un único escrito que integra el tema central antes señalado.

La maldición de Caín con la que comenzaba el estudio se puede aplicar rigurosamente a los habitantes de *El llano en llamas* o de la Comala de *Pedro Páramo* que, a diferencia de Israel, no van a alcanzar nunca el final de su lamentable peregrinación. Es muy significativo el contraste de la cita anterior con Génesis, XXVIII, 3-4, como expresión del diferente destino de dos pueblos, el condenado y el bendecido, respectivamente:

“El Dios omnipotente te bendecirá, te hará muchedumbre de pueblos, y te dará la bendición de Abraham a ti y a tu descendencia contigo, para que poseas la tierra en que como extranjero habitas, que dio Dios a Abraham”.

Una explicación trascendente de la constante bíblica de la itinerancia vital la encontramos en *Hebreos*, XI, 13-16; los santos patriarcas se miraban como extranjeros en este mundo pues aspiraban a otra vida y patria verdadera, caminando hacia la Jerusalén celestial: *En la fe murieron todos sin recibir las promesas; pero viéndolas de lejos y saludándolas y confesándose peregrinos y huéspedes sobre la tierra, pues los que tales cosas dicen dan bien a entender que buscan la patria.*

¹ *Génesis*, IV, 11-12.

² Reina Joffe, 2003: 227.

³ Paz, 1993: 357.

Que si se acordaron de aquella de donde habían salido, tiempo tuvieron para volverse a ella. Pero deseaban otra mejor, esto es, la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de llamarse Dios suyo, porque les tenía preparada una ciudad. Así, son comprensibles las frecuentes imágenes bíblicas de la vida como viaje o peregrinación:

“José hizo venir a su padre y le presentó al faraón. Jacob saludó al faraón, y éste le preguntó: ‘¿Cuántos años tienes?’ Jacob contestó: ‘Ciento treinta son los años de mi peregrinación. Corta y mala ha sido mi vida, y no llega al tiempo de la peregrinación de mis padres’.”⁴

También Juan Rulfo utiliza la imagen de la vida como peregrinación, implícita o explícitamente, como en “En la madrugada”:

“Y cómo no iba a estar flaco si apenas comía. Si me la pasaba en un puro viaje con las vacas: las llevaba a Jiquilpan, donde él había comprado un potrero de pasturas; esperaba a que comiera y luego me las traía de vuelta para llegar con ellas de madrugada. Aquello parecía una eterna peregrinación.”⁵

Pero a los personajes rulfianos no les queda el consuelo del final del viaje, pues, incluso tras la muerte, siguen penando, en un interminable murmullo que les impide descansar. La condena a una existencia errante⁶ lejos de un espacio que

se pueda sentir como hogar es tal vez el castigo que más pesa sobre ellos.

En más de la mitad de los cuentos que componen *El llano en llamas* (“Nos han dado la tierra”, “El hombre”, “Talpa”, “El llano en llamas”, “¡Diles que no me maten”, “Luvina”, “La noche que lo dejaron solo”, “Paso del Norte”, “No oyes ladrar los perros” y “La herencia de Matilde Arcángel”) podemos apreciar esa constante itinerancia asociada bien a la búsqueda de una Tierra Prometida, física o espiritual, o bien relacionada con la perpetua huida del vengador implacable.

En *Pedro Páramo* se establece un dramático contraste entre el pueblo descrito a Juan Preciado por su madre y el espacio infernal que encuentra como respuesta a sus ilusiones.

En este contexto desesperanzado, la entrada en la Tierra de Promisión se va a convertir en un sueño inalcanzable para los desconsolados personajes rulfianos, de manera que el tópico bíblico sólo se repite en las páginas de *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* en su primera parte, la de la penosa marcha de Israel por el desierto, una marcha que en la obra del autor mejicano carece de solución. Esa infructuosa búsqueda de la Tierra Prometida es el motivo vetotestamentario que más ricamente encontramos desarrollado a lo largo de los cuentos, hasta el punto de que, más allá de las coincidencias parciales que estamos examinando en este trabajo, nos permite

⁴ Génesis, XLVII, 7-10.

⁵ “En la madrugada”, pp. 46-47.

⁶ “Tampoco en medio de estos pueblos tendrás tranquilidad ni hallarás punto donde posar tranquilamente la planta de tus pies; por lo contrario, te dará Yavé un corazón pálido, unos ojos decaídos y un alma angustiada, y tendrás día y noche la vida pendiente como de un hilo ante ti; día y noche estarás temeroso y no tendrás seguridad; a la mañana dirás: ¡Oh, si fuese de noche! Y a la noche dirás: ¡Oh si fuese de día!, por el miedo que se apoderará de tu corazón y por lo que tus ojos verán.

Acabará Yavé por haceros volver en naves a Egipto, por el camino de que te había dicho: No volverá más por él; allí seréis ofrecidos a vuestros enemigos en venta, como esclavos y esclavas, y no habrá quien os compre”. (*Deuteronomio*, XXVIII, 65-68).

“Morirá por su falta de disciplina, y por su gran necesidad andará errante” (*Proverbios*, V, 23).

“Huye el malvado sin que nadie le persiga” (*Proverbios*, XXVIII, 1)

trazar un eje semántico negativo que confiere un sentido unitario a la colección⁷.

La eterna búsqueda del ideal puede adoptar dos formas: la persecución de un espacio propio en lo geográfico, en su sentido más literal; pero también la de un remanso espiritual en el que las atormentadas conciencias de los personajes puedan alcanzar la paz.

⁷ Se ha hablado de una completa distancia de Juan Rulfo respecto a los patrones culturales europeos, de manera que habría que hablar de una discordancia con el modelo mitológico tradicional. En este sentido, se cumple la inversión de los mitos clásicos a la que tiende el americano, estudiada detalladamente por Octavio Paz. No obstante, esta tendencia a buscar el reverso de un supuesto sustrato mítico ha recibido las críticas de aquellos que consideran que hablar de inversión es un recurso fácil para el investigador especialmente proclive a ver en todo texto múltiples huellas no siempre reconocibles.

Hugo Rodríguez Alcalá (1984) se muestra muy reticente a este tipo de interpretaciones ya que "eso de atribuir a personajes de ficción características al revés de figuras míticas es un comodín que sirve para hallar mitos por todas partes (Rulfo y la crítica). En la misma línea se sitúa Evodio Escalante, para el que la obra de Juan Rulfo ha permitido todas las lecturas, todas las interpretaciones. La plétora simbólica y los índices sociológicos, la mitología soterrada y los vecietos de la ideología, son sólo algunos de los extremos entre los que se mueven estas lecturas infinitas. No las menciono para descalificarlas. Encuentro más bien en esta proliferación la imagen invertida de la admirable economía de medios con la que Rulfo construyó su obra. En las aberraciones y los excesos de sus exegetas, en las filigranas delirantes de la interpretación, encuentro la otra cara del extremado rigor con el que Rulfo supo destacar su escritura sobre el fondo de lo no inteligible, de lo no recuperable. A tal grado, que a veces pareciera que menos que los signos escritos lo que importa es este fondo de lo inerte, de lo no dicho, que amenaza con ahogar la textualidad al mismo tiempo que la aureola con los engañosos prestigios de lo enigmático" (Escalante, 1988).

Dentro del primer bloque, me voy a centrar en cuatro relatos de *El llano en llamas*, "Nos han dado la tierra", "Luvina", "Paso del Norte" y "El hombre", además de *Pedro Páramo*, mientras que la búsqueda espiritual se desarrolla fundamentalmente en "Talpa" y *Pedro Páramo*. No obstante, en todo caso, bien sea un anhelo material o moral, asistimos a un desplazamiento físico en el que la meta a alcanzar resulta continuamente postergada. La tajante división propuesta se debe más a una ordenación del discurso que a una distinción radical; lo más frecuente es que se produzca una fusión de los componentes físico y moral, de manera que la conquista geográfica simboliza la conquista espiritual. Así, en "El hombre", el frustrado cruce del río parece representar la penitencia con la que el perseguido pueda purgar sus pecados. Del mismo modo la infructuosa lucha del padre de "No oyes ladrar los perros" por salvar la vida del hijo moribundo tiene mucho que ver con una búsqueda de la redención personal.

En definitiva, si por algo se caracteriza esa búsqueda del ideal es por su esterilidad; la mayor tragedia del habitante del mundo condenado de Juan Rulfo es, como la de Moisés, la de atisbar un paraíso negado:

"La miseria de la tierra es una especie de telón de fondo en donde se desarrolla la narración. En casi toda su obra podemos encontrar referencias a una tierra inhóspita, pero de hecho, hay dos cuentos en los que la tierra se convierte en el centro en torno al cual giran los personajes: "Nos han dado la tierra" y "Luvina" (...) La desolación de la tierra es también la desolación del hombre (...) Frente a esta realidad, para acentuarla aún más, suele aparecer en un plano de ensoñación otra tierra, otra naturaleza, esta vez pródiga, a la que los personajes hacen referencia como algo del pasado o, en todo caso, inalcanzable para ellos (...) Luvina y, más aún, el pueblo que encuentra Juan Preciado, convertido en una imagen del infierno, simbolizan en su grado extremo el estado

de penuria en que Rulfo sitúa a unos personajes que, en su mayoría, son campesinos. Despojados de ese bien necesario que para ellos es la tierra, estos hombres están condenados a evocar lugares y tiempos más propicios, idealizados por la propia seguridad de que no podrán conseguir nada igual, o a lamentarse de su desgraciada situación”.⁸

EL ESPACIO VITAL

El cuento que abre *El llano en llamas* marca desde el mismo título su relación con el motivo de la Tierra Prometida. “Nos han dado la tierra” nos enfrenta abruptamente a unos personajes en un interminable desplazamiento que recuerda de forma inevitable el penoso discurrir del pueblo de Israel por un desierto inclemente, *por este camino sin orillas (...) por esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos*.⁹

Esa relación entre el viaje de los desconsolados campesinos rulfianos y el éxodo bíblico ya ha sido señalada superficialmente por Yvette Jiménez de Báez:

“El pueblo del éxodo de reminiscencias bíblicas, asociado a la historia del origen de San Gabriel (hoy Venustiano Carranza), se ha disminuido y convertido en un pueblo diezmado en busca de su espacio vital”.¹⁰

Pero, conforme avanza nuestra lectura, los paralelismos entre el texto bíblico y el de Rulfo se multiplican y adquieren una mayor profundidad. Como el éxodo bíblico el viaje de los personajes rulfianos conduce a un espacio propicio, una tierra fértil y espaciosa, *una tierra que mana*

*leche y miel*¹¹ donde sí, hay algo. Hay un pueblo. Se oye que ladran los perros¹² y se siente en el aire el olor del humo, y se saborea ese olor de la gente como si fuera una esperanza.¹³

Pero el espacio anhelado con el que concluye el fatigoso desplazamiento no va a alcanzarse fácilmente. Así, si el pueblo elegido por Yavé va a sufrir un viaje interminable por designio divino, como consecuencia de sus continuos desmanes, los fatigados campesinos del relato de Rulfo padecen la constante postergación de su meta ya que *el pueblo está todavía muy allá. Es el viento el que lo acerca*.¹⁴

Los personajes rulfianos se convierten así en los ejecutores de una peregrinación infinita, dolorosa e inútil; una imagen de la vida que es recurrente en *El llano en llamas* y que expresa de manera perfecta el destino trágico de unos personajes sin salidas:

¹¹ Éxodo, III, 8.

¹² Donald K. Gordon (1976) ha señalado el importante papel desempeñado por el ladrido de los perros en los cuentos de Juan Rulfo como indicio del final de un viaje penoso y sin sentido: “No oyes ladrar los perros es uno de los cuentos más angustiosos de Rulfo. En él, como en *Nos han dado la tierra*, el ladrido de los perros significa el fin de un viaje largo y vano”.

En “No oyes ladrar los perros” tampoco la llegada a Tonaya, particular Tierra Prometida de las dos figuras acopladas, va a suponer el éxito de su empresa (la salvación del hijo), de manera que al personaje rulfiano se le vuelve a negar el disfrute del espacio ansiado:

“Destrabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

-¿Y tú no los oías, Ignacio? -dijo-. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza”.

(“No oyes ladrar los perros”, p. 138).

¹³ “Nos han dado la tierra”, p. 7.

¹⁴ *Ibid.*, p. 7.

⁸ González Boixo, 1992: 549-550.

⁹ “Nos han dado la tierra”, p. 7.

¹⁰ Jiménez de Báez, 1992:599.

“¿Quién diablos haría este llano tan grande? ¿Para qué sirve, eh? Hemos vuelto a caminar. Nos habíamos detenido para ver llover. No llovió. Ahora volvemos a caminar. Y a mí se me ocurre que hemos caminado más de lo que llevamos andado.”¹⁵

Hasta aquí “Nos han dado la tierra” parece seguir el patrón bíblico de forma rigurosa; pero pronto advertimos una radical inversión del motivo original. Inversión que comienza por la misma naturaleza del espacio otorgado por una instancia superior: el desolado llano (*esta costra de tepetate*) por el que discurría el quejoso paso de los campesinos, *tanta y tamaña tierra para nada*, es el espacio que les ha concedido el Gobierno, atroz institucionalización de un Yavé inconmovible. Pero la inversión también se extiende al sentido del viaje, con todo lo que ello implica. En el relato de Rulfo los personajes se desplazan en el sentido opuesto de la tierra que les ha sido entregada, a pesar de su rechazo, como cruel recompensa a sus sufrimientos:

“-Del pueblo para acá es de ustedes.

Nosotros preguntamos:

-¿El Llano?

-Sí, el Llano. Todo el Llano Grande.

Nosotros paramos la jeta para decir que el Llano no lo queríamos. Que queríamos lo que estaba junto al río. Del río para allá, por las vegas, donde están esos árboles llamados casuarinas y las parneras y la tierra buena. No este duro pellejo de vaca que se llama el Llano.

Pero no nos dejaron decir nuestras cosas. El delegado no venía a conversar con nosotros. Nos puso los papeles en la mano y nos dijo:

-No se vayan a asustar por tener tanto terreno para ustedes solos.

-Es que el Llano, señor delegado...

-Son miles y miles de yuntas.

-Pero no hay agua. Ni siquiera para hacer un buche hay agua.

-¿Y el temporal? Nadie les dijo que se les iba a dotar con tierras de riego. En cuanto allí llueva se levantará el maíz como si lo estiraran. Si cumplís mis leyes, si guardáis mis mandamientos y los ponéis por obra, yo mandaré las lluvias a su tiempo, la tierra dará sus frutos, y los árboles de los campos darán los suyos. La trilla se prolongará entre vosotros hasta la vendimia, y la vendimia hasta la sementera, y comeréis vuestro pan a saciedad, y habitaréis en seguridad en vuestra tierra.¹⁶

-Pero, señor delegado, la tierra está deslavada, dura. No creemos que el arado se entierre en esa como cantera que es la tierra del Llano. Habría que hacer agujeros con el azadón para sembrar la semilla y ni aun así es positivo que nazca nada; ni maíz ni nada nacerá.

-Eso manifiésteno por escrito. Y ahora váyanse. Es al latifundio al que tienen que atacar, no al gobierno que les da la tierra. -Espérenos usted, señor delegado. Nosotros no hemos dicho nada contra el Centro. Todo es contra el Llano... No se puede contra lo que no se puede. Eso es lo que hemos dicho... Espérenos usted para explicarle. Mire, vamos a comenzar por donde íbamos...

Pero él no nos quiso oír.”¹⁷

Se genera, así, una oposición irreconciliable entre un acá (desolación, miseria, condena) y una allá (fertilidad, prosperidad, bendición), ante la que solo queda la resignación del campesino mejicano, que ve como fracasan sus aspiraciones, y es que “uno platicaría muy a gusto en otra parte, pero aquí cuesta trabajo. Uno platica aquí y las palabras se le calientan en la boca con el calor de afuera, y se le resecan a uno en la lengua hasta que acaban con el resuello. Aquí así son las cosas. Por eso a nadie le da por platicar”.¹⁸

¹⁶ Levítico, XXVI, 3-5.

¹⁷ “Nos han dado la tierra”, pp. 9-10.

¹⁸ “Nos han dado la tierra”, p. 8.

¹⁵ Ibid., p. 8.

Francisco Prieto se ha referido a la angustia que se deriva de esta situación, en relación con la noción de culpa (una noción fundamental para poder comprender el sentido del segundo bloque de cuentos que vamos a analizar):

“Sí, aquí así son las cosas: el narrador y las voces narrativas de Rulfo insisten en el hecho radical de la permanencia, de no irse nunca más allá de eso que la experiencia vivida les ha dado. Siempre hay, por otra parte, un más allá y uno platicaría muy a gusto en otro lugar. La realidad es lo otro desconocido que se encuentra más allá, mas no por esto deja de ser una presencia. Saber que existe un más allá y saberse reducido a la inmanencia.”¹⁹

La misma dialéctica aquí-allá la encontramos en uno de sus textos para el cine, *El despojo*, en el que la huída de unos fugitivos hacia una tierra más propicia acaba, como era de esperar, en tragedia:

Secuencia 6

“Petra y Pedro, con el niño siempre en brazos, deambulan por la desolación de un llano que parece no tener término. El padre trata de darse ánimos, consolando al niño desfallecido. PEDRO: Ya estamos cerca. Te aliviarás pronto. Allí donde vamos es tan verde la tierra que hasta el cielo es verde. Allí no te lastimará nadie. Podrás jugar sin que te muerdan las espinas y las víboras.”²⁰

Negada la esperanza de una tierra próspera que colme sus aspiraciones, al campesino mejicano nada más que le queda el regreso al punto de partida en un viaje desolador que se opone a la prohibición divina del regreso a la tierra de Egipto desde la Tierra de Promisión, porque *Ya-*

*vé, tu Dios ha dicho: No volváis nunca por ese camino.*²¹

En definitiva, “Nos han dado la tierra” supone la inversión del sentido de la marcha del pueblo elegido, como consecuencia de la atribución de unas características muy distintas de las del relato bíblico al punto de partida y al de llegada. El efecto no puede ser más demoledor, unos personajes sin futuro caminan interminablemente hacia una ansiada tierra que no les pertenece, en dramática oposición con la tierra concedida, una condena antes que una bendición.

Con esta imagen se abre *El llano en llamas*, tierra de muerte y desolación, en la que la vida de los personajes discurre sin sentido, sin esperanza, como el absurdo viaje de aquellos para los que la Tierra Prometida es un espacio vedado:

“Aquel mismo día habló Yavé a Moisés, diciendo: Sube a este monte de Abarim –el monte Nebo, en tierra de Moab, frente a Jericó- y mira desde ahí la tierra de Canán, que voy a dar en posesión a los hijos de Israel; y muérete en ese monte a que vas a subir, y reúnete con tu pueblo, como murió Aarón, tu hermano, en el monte Or, y se reunió allí con los suyos; porque pecasteis contra mi en medio de los hijos de Israel, en las aguas de Meriba, en Cades, en el desierto de Sin, no santificando mi nombre en medio de los hijos de Israel. Tú verás ante ti la tierra, pero no entrarás en esa tierra que doy yo a los hijos de Israel.”²²

En el siguiente esquema se aprecia fácilmente la inversión del desplazamiento de los campesinos rulfianos respecto al éxodo bíblico y los distintos atributos de los espacios en uno y otro caso.

¹⁹ Francisco Prieto, 1988: 80-81

²⁰ *El despojo*, pp. 367-368.

²¹ *Deuteronomio*, XVII, 16.

²² *Deuteronomio*, XXXIII, 48-52.

Menos completa es la relación de “Luvina”

“NOS HAN DADO LA TIERRA”	
TIERRA OTORGADA (LLANO)	PUNTO DE PARTIDA (PUEBLO)
-Ni una sombra de árbol, ni una semilla. de árbol, ni una raíz de nada.	-Olor del humo.
-Llanura rajada de grietas y de arroyos secos.	-Olor de la gente.
-No hay nada.	-Esperanza.
-Costra de tepetate.	-Agua verde del río.
-Duro pellejo de vaca.	-Las vegas, donde están esos árboles llamados casuarinas y las paraneras y la tierra buena.
-Nada se levantará aquí.	-Parvadas de chachalacas verdes.
-Tierra deslavada, dura.	
-Copas verdes.	

con el motivo de la Tierra Prometida, si bien podemos hablar aquí también de una inversión de la naturaleza del espacio al que llega el viajero, *un lugar moribundo donde se han muerto hasta los perros²³ y ya no hay quien le ladre al silencio; pues en cuanto uno se acostumbra al vendaval que allí sopla, no oye sino el silencio que hay en todas las soledades. Y eso acaba con uno.²⁴*

Contemplamos, así, un paisaje que se opone a la fertilidad y la esperanza de la Tierra Prometida, aquello es el purgatorio, el lugar donde anida la tristeza, donde no se conoce la sonrisa, la imagen del desconsuelo... siempre.

En esta línea, Benito Varela Jácome²⁵ ha sistematizado los elementos que hacen de Luvina un lugar maldito, de manera que toda la conjunción de signos negativos, intensificadores, crea un espacio alucinante. Frente a este cosmos inhóspito, intensificado con fufivos negativos,

²³ Es muy significativa la alusión al silencio de los perros desaparecidos, en cuanto negación de la Tierra Prometida, si tenemos en cuenta el papel que les asignaba Donald K. Gordon.

²⁴ “Luvina”, p. 111.

²⁵ Varela Jácome, 1985.

resalta el espacio acogedor de la tienda de la ribera, en una nueva actualización de la dialéctica acá-allá antes apuntada:

ÉXODO	
PUNTO DE PARTIDA (EGIPTO)	TIERRA PROMETIDA
-Pusieron, pues, sobre ellos capataces que los oprimiesen con onerosos trabajos...	-Las lluvias a su tiempo.
-Hornos de hierro.	-La tierra dará sus frutos.
	-Comeréis vuestro pan a saciedad.
	-Habitaréis en seguridad.
	-Una tierra fértil y espaciosa, una tierra que mana leche y miel.

ATRIBUTOS DE LUVINA		
Geografía	Clima	Atmósfera
hostil	inclemente	asfixiante
Cerro alto y pedregoso.	Frío.	Atmósfera densa, polvillo de cal.
Tierra empinada.	Sequía persistente.	Arena de volcán arrastrada por viento.
Barrancas profundas.	Viento en tremolina.	Aire irrespirable.
Loma de cal.	Tormentas que desgarran la tierra.	Mancha caliginosa.
Lomerío pelón.	Efectos destructores.	Cielo oscurecido.
Carencia de árboles.	Erosiona la tierra, acción del sol.	Horizonte desteñido.
Tierra calcinada.		Sed insaciada.
Esterilidad.		
Sin flores silvestres.		
Sin verdor.		

En “Paso del Norte” el espacio anhelado tiene un nombre propio, los Estados Unidos²⁶.

²⁶ Octavio Paz trató en *El laberinto de la soledad* la situación del emigrante mejicano en los EEUU, en una visión del choque de culturas y de los consiguientes

Hacia allí se dirige el protagonista del relato, con todas sus esperanzas puestas en el progreso que debe asegurar su prosperidad, ya que *el Carmelo volvió rico, trajo hasta un gramófono y cobra la música a cinco centavos. De a parejo, desde un danzón hasta la Anderson esa que canta canciones tristes; de a todo, por igual, y gana su buen dinerito y hasta hacen cola pa oír. Así que usté ve; no hay más que ir y volver. Por eso me voy.*²⁷

Pero una vez más la Tierra Prometida es negada al viajero, pues, *como Moisés, no has de pasar este Jordán*²⁸, derrotado por naciones extranjeras que no han sido entregadas por ningún Dios benévolo:

“-Padre, nos mataron.

-¿A quiénes?

-A nosotros. Al pasar el río. Nos zumbaron las balas hasta que nos mataron a todos.

-¿En dónde?

problemas de adaptación: “Al iniciar mi vida en los Estados Unidos residí algún tiempo en Los Ángeles, ciudad habitada por más de un millón de personas de origen mexicano (...) Esta mexicanidad flota en el aire. Y digo que flota porque no se mezcla ni se funde con el otro mundo, el mundo norteamericano, hecho de precisión y de eficacia (...) Algo semejante ocurre con los mexicanos que uno encuentra por la calle. Aunque tengan muchos años de vivir allí, usen la misma ropa, hablen el mismo idioma y sientan vergüenza de su origen, nadie los confundiría con los norteamericanos auténticos. Y no se crea que los rasgos físicos son tan determinantes como vulgarmente se piensa. Lo que me parece distinguirlos del resto de la población es su airafurtivo e inquieto, de seres que temen la mirada ajena, capaz de desnudarlos y dejarlos en cueros. Cuando se habla con ellos se advierte que su sensibilidad se parece a la del péndulo, un péndulo que ha perdido la razón y que oscila con violencia y sin compás. Este estado de espíritu –o de ausencia de espíritu– ha engendrado lo que se ha dado en llamar el *pachuco*”. (Paz, 1993: 118-119).

²⁷ “Paso del Norte”, p. 120.

²⁸ *Deuteronomio*, III, 27.

–Allá, en el Paso del Norte, mientras nos encandilaban las linternas, cuando íbamos cruzando el río.”

“Yavé te hará ir a ti y tu rey, que sobre ti pongas, a un pueblo que no has conocido ni tú ni tus padres, y allí servirás a otros dioses, a leños y a piedras, y serás objeto de pasmo, de fábula y de burla en todos los pueblos a que Yavé te llevará.”²⁹

La vedada entrada a la tierra ansiada condena, de este modo, al personaje rulfiano al perpetuo vagar; hace de él un ser errabundo que aspira vanamente a encontrar su lugar en el deprimido mundo que le rodea:

- ¿Por qué rumbo dice usté que arrendó el arriero con la Tránsito?

-Pos por ahí. No me fijé.

-Entonces orita vengo, voy por ella.

-¿Y por ónde vas?

-Pos por ahí, padre, por onde usté dice que se fue.³⁰

Ese eterno viaje al que parece destinado el protagonista de este cuento y que encontramos asimismo en otros relatos fue señalado muy acertadamente por Emilio Miró como un componente esencial del imaginario de *El llano en llamas*³¹:

“El cuento acaba otra vez con el hombre en el camino, en un extraño caminar y bucear sin saber por dónde llegar, como alcanzar lo que se busca.

En “Nos han dado la tierra”, nos lleva Rulfo a un tema frecuente en él: los hombres que caminan, que han venido caminando durante horas, que

²⁹ *Deuteronomio*, XXVIII. 36-37.

³⁰ “Paso del Norte”, p. 127.

³¹ En la misma línea se sitúa Nila Gutiérrez Marone (El estilo de Juan Rulfo: estudio lingüístico) para quien el tema de la vida como una peregrinación dolorosa e inútil a través de un camino in forme es bastante frecuente en los cuentos de Juan Rulfo.

huyen de algo o marchan hacia algo, seres traídos y llevados por el viento en busca de una tierra propicia, de una tierra para vivir.³²

En "El hombre" volvemos a encontrar el viaje hacia un espacio propicio, en este caso un lugar en el que el asesino pueda encontrarse a salvo de su perseguidor implacable, *donde no me conocen, donde nunca he estado y nadie sabe de mí*³³, en una marcha interminable en la que *camino y camino y no ando nada. Se me doblan las piernas de la debilidad. Y mi tierra está lejos, más allá de aquellos cerros*³⁴.

Más allá de estas coincidencias que ya hemos señalado anteriormente, es de especial interés una anécdota del relato que nos lleva a un conocido episodio bíblico, el del paso de Moisés a través de las aguas del mar Rojo cuando huye a la cabeza del pueblo de Israel de un encolerizado faraón. Así, en "El hombre" se repite la imagen de un obstáculo acuático³⁵ que dificulta la huida del furtivo acosado por un colérico perseguidor:

"Este no es el lugar –dijo el hombre al ver el río– Lo cruzaré aquí y luego más allá y quizá salga a la misma orilla. Tengo que estar al otro lado..."³⁶

Pero no se van a dividir las aguas que deben conducir al perseguido a su particular Tierra Prometida, allá donde su culpa quede sin castigo, sino que el río va a ser la trampa que va a

³² Emilio Miró, "Juan Rulfo", Cuadernos hispanoamericanos, 1970, p. 246.

³³ "El hombre", p. 34.

³⁴ "El hombre", p. 39.

³⁵ El río también se puede relacionar, como en "Paso del Norte", con el Jordán, continuando el paralelismo entre Moisés y los personajes rulfianos, en cuanto seres condenados a sólo atisbar la Tierra Prometida.

³⁶ "El hombre", p.34.

facilitar su captura y la posterior venganza implacable, de manera que "el hombre vio que el río se encajonaba entre altas paredes y se detuvo. *Tendré que regresar, dijo*"³⁷.

Por tanto, a lo largo de estos cuatro relatos, las imágenes de la Tierra de Promisión y de su ocupación por el pueblo elegido se invierten en sus terribles contrarios: la desolación de un paisaje abandonado por Dios y la entrada negada para un pueblo condenado.

El espacio reservado al campesino rulfiano dista mucho de aquel que pudiera haber soñado, como comprueba Juan Preciado al llegar a Comala y descubrir que no queda nada del pueblo que evocaba su madre, de manera que la dialéctica Tierra Prometida-Tierra Condenada cobra así un especial relieve en *Pedro Páramo* y nos recuerda a Luvina, que tantas veces se ha considerado un antecedente del espacio novelesco.

Jean Franco ha hecho referencia a esa doble naturaleza de Comala:

"La misma topografía sirve de cielo, de infierno, de purgatorio y de mundo real. Así Comala es "la mera boca del infierno" y al mismo tiempo "una llanura verde; es una tierra de miel y de leche" que la madre de Juan Preciado recuerda con ternura.

Comala, que se identifica con el paraíso, se percibe por los oídos. Juan Preciado lo oye, descrito por la voz de la madre (por lo tanto pertenece al pasado, no al futuro como el paraíso cristiano). Lo que se ve es la aldea arruinada por el padre. Los ojos y los oídos no perciben la misma calidad."³⁸

³⁷ "El hombre", p.36.

³⁸ Franco, 1974: 124-125

Surge así una terrible oposición entre la ensoñación y la cruda realidad, entre el idílico allá recordado y el infernal acá encontrado, de manera que Juan Preciado espera disfrutar de "...Llanuras verdes. Ver subir y bajar el horizonte con el viento que mueve las espigas, el rizar de la tarde con una lluvia de triples rizos. El color de la tierra, el olor de la alfalfa y del pan. Un pueblo que huele a miel derramada..."³⁹. Pero la verdad es que Comala "está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno"⁴⁰, es un pueblo donde el silencio solo es interrumpido por los murmullos de las almas en pena de sus habitantes, frente al pueblo recordado por Dolores Preciado "como si fuera un puro murmullo de la vida"⁴¹. Una vez más la Tierra Prometida queda vedada al personaje rulfiano, condenado a vagar eternamente en busca del descanso espiritual.

EL ESPACIO ESPIRITUAL

Efectivamente, más allá del plano puramente físico, también se niega a las criaturas de Juan Rulfo otra Tierra Prometida, ahora en un sentido figurado: la paz espiritual que apacigüe sus atormentadas conciencias.

Así, en "Talpa", presenciamos el discurrir incesante de los personajes y de sus pensamientos, dominados obsesivamente por la culpa. De este modo, el fracaso del objetivo del viaje (la curación de Tanilo) es la expresión superficial de una derrota más profunda, la de la irredención espiritual. Así, no sólo se le niega al personaje rulfiano un espacio vital propicio sino que, además, se le hace insufrible su propia vida interior, de manera que vive inmerso en un permanente infierno, físico y moral, como ha apuntado Ignacio Trejo Fuentes:

"En *Talpa*, donde los pecados mortales cometidos son, además del crimen del hermano la fornicación, el deseo de la mujer ajena, la lujuria, la blasfemia (asesinan en una procesión), los pecadores (el hermano y su cuñada) no deben esperar la otra vida para recibir su castigo; sin necesidad de ser asesinados físicamente es evidente que opera un castigo similar, una especie de muerte espiritual o muerte en vida"⁴².

En "Talpa", el viaje de la muchedumbre hacia el milagro, con gente que salía de todas partes "en número de unos seiscientos mil infantes, sin contar los niños... una gran muchedumbre de toda suerte de gentes y muchas ovejas y bueyes y muy gran número de animales"⁴³; que había desembocado como nosotros en aquel camino ancho parecido a la corriente de un río⁴⁴, un amontonadero de gente; igual que si fuéramos un hervidero de gusanos apelotonados bajo el sol⁴⁵, a través de un espacio desértico en el que hay que correr del calor y del sol"⁴⁶, repite el esquema del Éxodo.

Pero éste es un viaje en el que los personajes no se encuentran asistidos por ningún Dios benévolo que dirija sus pasos hacia la Tierra de Promisión, que disponga una guía delante de ellos, "de día, en columna de nube, para guiarlos en su camino, y, de noche, en columna de fuego, para alumbrarlos y que pudiesen marchar así lo mismo de día que de noche. La columna de nube no se apartaba del pueblo de día, ni de noche la de fuego"⁴⁷.

⁴² Trejo Fuentes, 1988: 53.

⁴³ Éxodo, XII, 37-38.

⁴⁴ "Talpa", p. 53.

⁴⁵ "Talpa", p. 54.

⁴⁶ "Talpa", p. 54.

⁴⁷ Éxodo, XIII, 21-22. La misma promesa es expresada en otros pasajes, como Éxodo XXIII, 20: "Yo mandaré a un ángel ante ti, para que te defienda en el camino y te haga llegar al lugar que te he dispuesto".

³⁹ Pedro Páramo, p. 26.

⁴⁰ Pedro Páramo, p.10.

⁴¹ Pedro Páramo, p.75.

En el relato de Juan Rulfo esa columna de nube y de fuego que guía al pueblo elegido se convierte en una densa polvareda⁴⁸ que dificulta el caminar de los peregrinos invirtiendo claramente la concesión divina. La desorientación, física y espiritual, va a ser una de las características de la constante marcha de los personajes rulfianos a lo largo de "El llano en llamas":

"... retorciéndonos entre la cerrazón del polvo que nos encerraba a todos en la misma vereda y nos llevaba como acorralados. Los ojos seguían la polvareda; daban en el polvo como si tropezaran con algo que no se podía traspasar".⁴⁹

Si en el viaje hacia Talpa no hay un guía divino, sí se cumple, en cambio, el castigo de la continua postergación de la meta; de manera que "Talpa estaba lejos y tendríamos que caminar mucho debajo del sol de los días y del frío de las noches de marzo"⁵⁰... Pero entonces Talpa estaba todavía lejos; más allá de muchos días⁵¹... Luego los días fueron haciéndose más largos⁵².

Lo que hace más trágica la situación es que estos personajes, al contrario que el pueblo de Israel, no van a alcanzar jamás su destino: Tanilo, a pesar de su sufrimiento, no fue escuchado por ningún dios y "se murió de todos modos"⁵³ mien-

tras que los amantes furtivos están condenados a una vida de remordimientos, a un viaje eterno en busca del perdón:

"Y yo comienzo a sentir como si no hubiéramos llegado a ninguna parte, que estamos aquí de paso, para descansar, y que luego seguiremos caminando. No sé para dónde; pero tendremos que seguir, porque aquí estamos muy cerca del remordimiento y del recuerdo de Tanilo".⁵⁴

Para William Rowe, "estas palabras articulan y simultáneamente degradan el símbolo central del cuento, el del viaje. No se cumple el significado tradicional de cambio. El movimiento diario del día a la noche absorbe el otro significado y por eso el tiempo se traslada a un plano mítico. El viaje que empezó en un plano termina en otro: nunca terminado y siempre empezando de nuevo, es semejante al movimiento repetido de la conciencia, del deseo a la culpabilidad y otra vez al deseo".⁵⁵

Felipe Garrido ha visto en el sentimiento de culpa de los personajes rulfianos una de las constantes del peculiar universo literario del autor mejicano, de manera que "la violencia, la culpa y la presencia constante de la muerte son en Rulfo componentes de la condición humana. Al mismo tiempo, los actos de cada hombre son una costra de la que no es posible desprenderse: el pasado se encuentra siempre presente, se va acumulando inexorablemente; nada puede quedar atrás, no importa que parezca o se crea olvidado; todo se suma en un ahora permanente"⁵⁶.

⁴⁸ Violeta Peralta (1975) ve en el polvo que se levanta durante el camino hacia Talpa un símbolo de la condena, recuerdo de las palabras del *Génesis* en el episodio de la expulsión del Paraíso, contrariamente a ese otro polvo, símbolo de la vida, que aparece en "Nos han dado la tierra y que responde a la creación del hombre según también el *Génesis*.

⁴⁹ "Talpa", p. 54.

⁵⁰ "Talpa", p. 50.

⁵¹ "Talpa", p. 51.

⁵² "Talpa", p. 54.

⁵³ "Talpa", p.57.

⁵⁴ "Talpa", p.58.

⁵⁵ Rowe, 1985.

⁵⁶ Garrido, 1992: 759.

El doloroso e inútil viaje de Tanilo se opone, así, al objetivo de toda peregrinación, señalado por Mircea Eliade:

“El centro es, pues, la zona de lo sagrado por excelencia, la realidad absoluta. Todos los demás símbolos de la realidad absoluta (Árboles de la Vida y de la Inmortalidad, Fuente de Juvencia, etc.) se hallan igualmente en un centro. El camino que lleva al centro es un “camino difícil” (durohanna), y eso se verifica en todos los niveles de lo real: circunvoluciones dificultosas de un templo (como el de Barabudur); peregrinación a los lugares santos (...) El camino es arduo, está sembrado de peligros, porque, de hecho, es un rito del paso de lo profano a lo sagrado; de lo efímero y lo ilusorio a la realidad y la eternidad; de la muerte a la vida; del hombre a la divinidad. El acceso al “centro” equivale a una consagración, a una iniciación; a una existencia, ayer profana e ilusoria, le sucede ahora una nueva existencia real, duradera y eficaz.”⁵⁷

Por otra parte, si en el epígrafe anterior repasábamos el contraste radical entre la Comala de Dolores Preciado y la que encuentra su hijo, centrándonos en su dimensión más superficial, en el enfrentamiento irreconciliable del paisaje evocado y el descubierta, mucho más interesante va a ser indagar en la estrecha relación entre ese plano físico y el espiritual, hasta el punto de que el primero parece una emanación del segundo.

Como en “Talpa”, los personajes de Pedro Páramo están condenados a un continuo y estéril viaje en busca de la paz para sus almas, una vez que han sido desposeídos del Paraíso y se les ha negado toda posibilidad de redención, como muy bien intuye Dorotea en el siguiente diálogo con Juan Preciado:

“-(...) Lo único que la hace a una mover los pies es la esperanza de que al morir la lleven a una de un

lugar a otro; pero cuando a una le cierran una puerta y la que queda abierta es nomás que la del infierno, más vale no haber nacido... El cielo para mí, Juan Preciado, está aquí donde estoy ahora.

-¿Y tu alma? ¿Dónde crees que haya ido?

-Debe andar vagando por la tierra como tantas otras; buscando vivos que recen por ella.”⁵⁸

Parece convertirse Comala en la proyección física del tormento interior de unos seres malditos para los que no hay esperanza y a los que solo les queda elevar su voz en un lamento eterno.

Pero el origen de la Comala infernal que encuentra Juan Preciado tiene un responsable claramente delimitado, Pedro Páramo, que adquiere la dimensión de un dios ajeno al sufrimiento de sus fieles. El espacio benéfico que era el pueblo, tal y como lo recordaba Dolores Preciado, queda arrasado paralelamente a la pérdida de las ilusiones del patrón, vacío tras la muerte de Susana San Juan y que deja pudrirse la tierra mientras espera su propio fin, como expresión desmesurada de un amor que es capaz de transformar la realidad, en este caso, en un sentido claramente negativo.

Se establece así nuevamente la oposición entre una Tierra de Promisión, un espacio paradisiaco, que Pedro Páramo vincula emocionado a su amada, y la tierra condenada que resulta de su muerte:

“Pensaba en ti, Susana. En las lomas verdes. Cuando volábamos papalotes en la época del aire. Oíamos allá abajo el rumor viviente del pueblo (...) Y allá arriba, el pájaro de papel caía en maromas arrastrando su cola de hilacho, perdiéndose en el verdor de la tierra.

Tus labios estaban mojados como si los hubiera besado el rocío”⁵⁹

⁵⁷ Eliade, 2002: 26.

⁵⁸ Pedro Páramo, p. 85

“-No creas. Él la quería- estoy por decir que nunca quiso a ninguna mujer como a ésta. Ya se la entregaron sufrida y quizá loca. Tan la quiso que se pasó el resto de sus años aplastado en un equipal, mirando el camino por donde se la habían llevado al camposanto. Le perdió interés a todo. Desalojó sus tierras y mandó quemar los enseres. Unos dicen que porque ya estaba cansado, otros que porque le agarró la desilusión; lo cierto es que echó fuera a la gente y se sentó en su equipal, cara al camino.

“Desde entonces la tierra se quedó baldía y como en ruinas. Daba pena verla llenándose de achaques con tanta plaga que la invadió en cuanto la dejaron sola.⁶⁰

Una vez más la Tierra Prometida, en sus distintas formas, ha sido negada a los habitantes del desolado mundo de Juan Rulfo. El descanso es una quimera para unos seres errantes a los que no queda asidero alguno, y es que “Rulfo aparece con la conciencia de que no hay otros paraísos aparte de los paraísos destruidos y nace Comala, destino fatal de esa búsqueda, derrota dual del arquetipo del buen salvaje y la bestia irredimible”⁶¹. No parece, por tanto, que quepa la esperanza de salvación para las criaturas de *El llano en llamas*, sobre todo si hemos paseado por Comala, reverso del espacio ideal anunciado por Isaías, y hemos escuchado el eterno lamento de sus habitantes.

⁵⁹ *Pedro Páramo*, p.18.

⁶⁰ *Pedro Páramo*, p.103.

⁶¹ Christopher Domínguez Michael, “Juan Rulfo, puesta en obra”, en Juan Rulfo. *Un mosaico crítico*, p.92.

BIBLIOGRAFÍA

La edición de *La Biblia* citada a lo largo de todo el artículo es la de Nacar y Colunga, Madrid, BAC, 2001.

Los textos de Juan Rulfo proceden de la edición crítica coordinada por Claude Fell: *Juan Rulfo. Toda la obra*, París, Archivos Unesco, 1992.

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ, Michael, “Juan Rulfo, puesta en obra”, en *Juan Rulfo. Un mosaico crítico*, México, UNAM, pp. 91-94.

ELIADE, Mircea, *El mito del eterno retorno*, Madrid, Alianza, 2002.

ESCALANTE, Evodio, “La disyunción padre-hijo: matriz generadora de los textos de Juan Rulfo”, en *Juan Rulfo. Un mosaico crítico*, México, UNAM, 1988, pp. 99-117.

FRANCO, Jean, “El viaje al país de los muertos”, en *La narrativa de Juan Rulfo. Interpretaciones críticas*, México, Sep-Setentas, 1974, pp. 117-140.

GARRIDO, Felipe, “Pedro Páramo y El llano en llamas de Juan Rulfo”, en *Juan Rulfo. Toda la obra*, París, Archivos Unesco, 1992, p. 752-763.

GONZÁLEZ BOIXO, José Carlos, “Lectura temática de la obra de Juan Rulfo”, en *Juan Rulfo. Toda la obra*, París, Archivos Unesco, 1992, pp. 549-561.

GORDON, Donald K. *Los cuentos de Juan Rulfo*, Madrid, Playor, 1976.

GUTIERREZ MARONE, Nila, *El estilo de Juan Rulfo: estudio lingüístico*, Nueva York, Bilingual Review Press, 1978.

JIMÉNEZ DE BÁEZ, Yvette, “Historia y sentido en la obra de Juan Rulfo”, en *Juan Rulfo. Toda la obra*, París, Archivos Unesco, 1992, pp. 583-609.

JOFFE, Reina, *Juan Rulfo. Las mañas del zorro*, Madrid, Espasa Calpe, 2003.

MIRÓ, Emilio “Juan Rulfo”, en *Cuadernos hispanoamericanos*, 1970, 246, pp.600-637.

PAZ, Octavio, *El laberinto de la soledad*, Madrid, Cátedra, 1993.

PERALTA, Violeta, "Rulfo, la soledad creadora", en *Estudios latinoamericanos*, 16, 1975.

PRIETO, Francisco, "La experiencia poética de la culpa en los cuentos de Juan Rulfo" en *Juan Rulfo. Un mosaico crítico*, México, UNAM, 1988, pp. 80-85.

RODRÍGUEZ ALCALÁ, Hugo, "Rulfo y la crítica", en *Cuadernos Americanos* (mayo-junio de 1984), pp. 226-242.

ROWE, William, "La ley, la culpabilidad y la indiferencia en los cuentos de Juan Rulfo", en *Cuadernos hispanoamericanos*, 421-423, jul.-sep., 1985, pp. 243-248.

TREJO FUENTES, Ignacio Trejo Fuentes, "La noción de pecado en Juan Rulfo", en *Juan Rulfo. Un mosaico crítico*, México, UNAM, 1988, pp. 47-61.

VARELA JÁCOME, Benito, "Discurso narrativo de "Luvina"", en *Cuadernos hispanoamericanos*, 421-423, jul.-sep., 1985, pp. 261-276.

IGNACIO GARCÍA FORNET

I.E.S. María Cegarra Salcedo (La Unión)